

El rollo de pergamino: ¿la entelequia de la entelequia?

DIEGO ARECES

Ésta es la continuación del artículo "La entelequia de la cultura", publicado en el último número de esta revista. Recomendando para la plena comprensión de éste la lectura de aquél, pero para suplir esa lectura en lo posible haré a continuación un resumen de dicho texto.

En el artículo hablaba principalmente de dos cosas. Por una parte explicaba cómo el papel escrito y encuadernado tiene un aura mágica de credibilidad: lo que está escrito e impreso (las cartas no son igualmente consideradas; hoy en día no es muy grande el prestigio del género epistolar) se ve como algo superior a lo que se difunda por otros medios, pudiendo ser el contenido el mismo; no es nada nuevo, ocurría algo parecido en tiempos de San Agustín con la veneración que se tenía por los rollos de pergamino con respecto al papel escrito y encuadernado, es decir, los libros (de hecho, él escribió toda su obra en ese formato). No se cae en el hecho de que lo que importa no es el medio por el cual se difunda una información, sino la calidad de dicha información. Debe considerarse igual, para ser ecuanímes, hablar con un autor que leer sus obras. Hoy en día cuando se imprime un libro empieza a tener una vida propia, al margen del escritor, superándolo: no se tiene en cuenta la personalidad del autor a la hora de juzgar la obra escrita (no pretendo que ello sea bueno o malo, pero se consi-

tata que así es) y adquiere un concepto de estar por encima del bien y del mal que no es nada saludable. Por otro lado uno está ya harto de oír que en España se leen menos periódicos que, por ejemplo, en Inglaterra. Créanme que si leer más periódicos como *The Sun* u otros por el estilo, tan exitosos en ese país, se considera superior a leer menos ejemplares de la prensa española, de toda índole pero nunca amarilla, o dedicar más tiempo a hablar con las personas, yo prefiero, de todas todas, ser considerado inferior. Lo que un autor quiere es difundir su obra, su mensaje, y debería ser igualmente considerado el medio por el cual lo haga, pues lo que debe intentar es que llegue al máximo de público posible, y si ello era de cierto modo en el pasado no debe pensarse que por esa tradición lo que se publique así es superior a lo editado de otra manera, más moderna y que supera (como en su tiempo superó el libro al rollo de pergamino) a los medios tradicionales, en área de expansión y en posibilidad de reflejar las ideas en toda su complejidad. ¿Y qué manera mejor para comprender la obra de un autor que hablar con él mismo? No debemos olvidar el origen de los medios de comunicación: difundir adonde no puede llegar una sola persona con la voz desnuda.

Por otra parte insistía en el pasado artículo en que, si es que existe algún

criterio válido para juzgar si una persona es superior (éticamente se entiende, como ser humano), el nivel cultural ciertamente no lo es, y para demostrarlo llegábamos a la conclusión de que si se considera como tal, debíamos aceptar el nivel de rentas, la fama o el poder de igual manera, cosa que a todas luces no se hace, y yo creo que adecuadamente, puesto que es ceder a los más bajos instintos, lo cual nos aleja de nuestra condición de humanos, capaz de juzgarlos y, con el raciocinio y la voluntad, superarlos. Y si se consideraban como méritos la voluntad, la capacidad de trabajo, la abnegación, etc. veíamos que no era la dedicación a la cultura, tanto a su estudio como a su creación, algo en lo que sobresaliera claramente en ellas sobre otras actividades humanas, por lo que no era superior a ellas en ese sentido y por lo tanto, al tomarlo como criterio para lo éticamente correcto, tampoco era una base prudente para una ética.

He de apuntar que el afán por saber no tiene porqué ser forzosamente un intento de trascendencia, al menos conscientemente: puede ser curiosidad por entender mejor un determinado aspecto del universo (incluida toda creación humana), para conseguir cierto nivel material (por ejemplo, una oposición), sobreponerse a limitaciones físicas (el caso más conocido actualmente es seguramente Stephen Hawking, aunque no faltan casos aún más espectaculares en el pasado como el de Hellen Keller) o simplemente para impresionar a los que están alrededor (en este apartado dejo que cada uno ponga el que conozca: a todos me ha pasado, tengo una idea suya cerca). Pero la cuestión es que probablemente el sustrato de fondo, no consciente, de todos ellos, sea el intentar alcanzar la inmortalidad del modo en que exponía en mi anterior artículo. Otros modos son, como decía, cultivar el amor de los demás o del dios correspondiente en cada caso, pero no son los únicos: alcanzar fortunas multimillonarias, un poder desmesurado, laureles en el deporte, fama en el cine, la televisión o la creación de cualquier tipo, ya que hoy día se difunden rápida y fácilmente la

cara y faceta pública (otra cosa es la verdadera personalidad, la que se demuestra en la vida privada) de una persona por los medios de comunicación actuales (no es como en tiempos de Byron, seguramente el primer creador reconocido por multitudes en las calles, gracias al retrato suyo que aparecía en una de las primeras páginas de todas sus obras) o, simplemente, destacando en algo, hasta siendo un delincuente ya que, ¿acaso no merece todo el mundo un minuto de gloria, como se dijo acerca de los modernos medios audiovisuales?

En aquel discurso profundamente nihilista ya advertía que podía ser ligeramente sofista, y lo que me propongo en el presente artículo es mostrar los aspectos positivos de la cultura, que hacen que observar la cultura como base de una ética sea un mal menor. No hace falta que indique (aunque de hecho lo hago) que fomentar una buena relación con los demás, sea por el motivo que sea, no es censurable, al menos en principio (esto es un poco como que el fin justifica los medios) y de hecho tampoco la dedicación a la cultura lo es, pero tampoco es más loable que otras cosas. En el caso de las relaciones humanas creo que sí, habiendo en eso una diferencia con la trascendencia por medio de la cultura ya que se inhiben instintos ancestrales (Hobbes ya lo dejó muy claro y yo aún creo en su tesis, aunque también está presente en el mundo animal y en las sociedades primitivas el "apoyo mutuo", como bien precisó Kropotkin) por medio de atributos exclusivamente, hasta ahora, humanos: el raciocinio y la voluntad.

Por un lado yo creo que la cultura debe ser, tanto su estudio como su creación, un instrumento para cambiar, en primer lugar, a uno mismo: si uno no es diferente a como era antes tras experimentar una obra de arte, un viaje o cualquier otro hecho cultural (en el sentido amplio, nuestro, de la palabra), bien habrá podido disfrutar de ella, pero por lo demás habrá sido totalmente inútil y una pérdida de tiempo. Yo creo que la vida hay que usarla para ir evolucionan-

do como persona hacia la meta que uno se haya propuesto, bien fijada en la niñez o en la adolescencia, bien encontrada a lo largo de la existencia tras dejar atrás otra u otras; la perfección no es un destino, sino un camino, y la cultura es, en esta nueva acepción, quizá el mejor si no el único medio de cambio. Pero, en segundo lugar y como fin último de esa evolución vital, hay que cambiar la sociedad, trascender lo aprendido (por todas las vías, no sólo los libros) a los demás. La dedicación a la cultura, en mayor o menor grado, cada uno el que puede, permite conocer otras realidades -presentes, pasadas o hipotéticas- y así evitar que la historia vuelva a repetirse o se llegue a situaciones indeseables; eso su estudio, y su creación porque es un instrumento de cambio de las mentalidades. Sí, aún a finales de este siglo sigo creyendo en la función social de los intelectuales pero, más aún, lo que mueve a la sociedad no son los intelectuales -por mucho ruido que intenten hacer y a pesar de que la radio y sobre todo la televisión llegan muy lejos (¿pero qué intelectuales "verdaderos" tienen acceso a ellas?) no llegan a calar muy hondo- sino la clase media (no es opinión sólo mía, sino que la respalda el mismísimo Sir Raymond Carr), y es la visión que ella tenga de la cultura la que determinará la función de ésta en el conjunto de la sociedad. Así que debe quedar claro, si es que queremos que la cultura no sea un mero lubricante de la vanidad como cualquier otro, que debe considerarse cualquier saber equiparable a los demás, independientemente de su naturaleza y del medio por el que se haya llegado a él, y por lo tanto la cultura no será algo elitista, difícil y patrimonio casi exclusivamente burgués, en el sentido más peyorativo de la palabra, sino algo accesible, interesante y no un lujo, algo por medio del cual sobresalir de los demás. Y digo todos y cualquiera que haya sido el medio de acceso porque, por lo menos en un aspecto el hecho importante es lo que se sepa, no cómo se ha sabido; es como escalar una montaña: no es tan fácil y alcanzable seguir una ruta nueva que la trillada por todos, pero el hecho final en sí, es que

al final los dos equipos, el que eligió una vía y el que eligió la otra están en la cumbre. Así que si bien en un sentido es diferente, en otro es igual; y viceversa, es una pescadilla que se muerde la cola, y cada uno ha de quedarse con la visión que más de acuerdo esté con sus principios: si lo que importa es el medio de realizar una proeza (que puede serlo debido justamente al medio usado) o si, por el contrario, lo importante es el fin y es secundario cómo se llegue a él. Más en concreto sobre nuestro tema, es evidente que no es lo mismo saber algo por leerlo en un suplemento dominical que, por ejemplo, saberlo por haberlo escrito o por haber llegado a ello tras tiempo de investigación, pero eso es entrar en otras consideraciones, que no se hacen al juzgar a alguien por lo que sabe, así que, si no se da por válido el "tanto tienes, tanto vales", tampoco ha de aceptarse el "tanto sabes, tanto vales" (siempre que, insisto, haya un método fiable de saber "cuánto vales"), a menos que sea en las condiciones que he ido describiendo. (Como hacía en mi anterior artículo, recomiendo la lectura del libro de Gustavo Bueno "El mito de la cultura", en la que hace un estudio del origen del concepto de cultura que se tiene hoy en día.) En cuanto a un método fiable para saber el valor humano de una persona será, pues eso, sus cualidades humanas. Pero eso depende de la cultura (ahora en el sentido antropológico del término) en la que se viva: en unas, como la de la mayoría de los antiguos indígenas de Norteamérica, será el valor, entre los budistas la piedad (en el sentido de amor) por los seres vivos, y así sucesivamente. En una sociedad laica sería un objeto digno de investigación, que está relacionado con éste artículo pero que le sobrepasa, y que procuraré estudiar en otro trabajo posterior (ya que el nivel cultural ha quedado descartado, a pesar de éste artículo, por mi aportación en el número anterior de esta revista).

Teniendo más cultura se tiene más en común con el resto de las personas, más cosas que compartir con la gente y mayor amplitud de miras, o al menos

así debería ser, en vez de considerarse uno, al creerse poseedor de cierto nivel cultural, en un escalafón superior al resto de los mortales, encerrarse en una torre de marfil (rodeada por un océano de sangre, no lo olvidemos) y estar por encima del bien y del mal. Tener más cultura significa que se abren puertas nuevas, pero conservando las que se tenían antes: se tienen las que ya se tenían y se tienen otras más, pero no se olvida uno de las anteriores por tener otras más recientes. Así, la cultura permite ampliar horizontes y relativizar las situaciones, tanto si se ha leído acerca de otros pueblos como si se los ha conocido in situ, por poner un ejemplo, y así ser más abierto y tolerante. Esto es algo que no es exclusivo de la cultura, en el sentido tradicional del término, y que podríamos considerarlo condición necesaria y suficiente para que algo lo sea, en su nueva acepción. Y para ilustrarlo podemos considerar al deporte, la música y otras actividades humanas que pueden fomentar (aunque no es su objetivo primordial) si se enfocan bien, el entendimiento entre las personas. Así se tiene la deportividad, tanto en los deportes de equipo como en los individuales, y la sensibilidad, musical y en general: ambas son actitudes que no se consiguen forzosamente con la dedicación al deporte y a la música, respectivamente -sería un iluso y me engañaría si creyera que sí, e insisto en que no es su objetivo primordial, puesto que en el deporte es ser el más rápido, el más fuerte o el que llega más alto y en la música conseguir mayor virtuosismo y una mayor sensibilidad al tocar una pieza (si es que eso es comparable siempre)- pero que si esa dedicación es bien orientada por el instructor (evito la palabra maestro por la carga connotativa que ésta tiene; esta otra es más aséptica, aunque no tan evocadora) se consigue (y personalmente creo que, ya que sólo unos pocos pueden estar en la cima, se debe intentar que sea conseguir esos sentimientos por medio de la dedicación a esas disciplinas, al margen de competiciones). Pues lo mismo con la cultura, otra vez en su sentido tradicional: su sentido hasta ahora ha sido el de acumular datos

para impresionar al personal, pero ya es hora de que, ya que siempre habrá otro con más conocimientos y/o más raros, sea el adquirir por medio de esos conocimientos una visión que relativice las situaciones y nos haga más abiertos y tolerantes, no clasistas y sectarios por creerse en una élite intelectual (lo cual, por otra parte, demostraría una profunda ignorancia).

A estas alturas parece claro que se entiende por ser culto a saber bastante de varias cosas, ya que saber mucho de una y nada de las demás, tan en boga hoy en día, obnubila. ¿Por qué ha de limitarse a saber de varias cosas y no de varios hombres, de varias culturas? (bueno, al menos se considera culto, aunque con reservas, a quien domina más de un idioma; por algo se empieza). Ello llevaría a ser, insisto, más abierto y tolerante, pero siempre asertivamente, no ingenuamente como los cuáqueros, los amish y otras comunidades religiosas que creen por encima de todo en la bondad humana; yo creo que después de Hobbes y viviendo en este siglo, sabiendo lo que ha pasado (puede que dichos colectivos no lo hagan) no es lógica una postura así, a menos que uno se encierre en una comunidad donde todos piensen igual y se consigue estar, y que le dejen estar, al margen de todo y de todos.

Como corolario a todo lo dicho y a modo de moraleja debo recalcar algo: la pasión por la cultura, en mayor o menor grado, de una u otra naturaleza, ha de ser siempre una forma de vida, no una pose ante los demás. Repito, si no se convierte en un mero lubricante de la vanidad, sin ninguna superioridad moral sobre cualquier otro.

Para concluir, he de explicar que, si bien este artículo presenta otra vertiente de la cultura más amable que el expuesto en el del anterior número de esta revista, no es estrictamente un discurso antilógico: simplemente he mostrado dos caras de una realidad que es compleja y polifacética, como casi toda actividad humana. Cada uno puede escoger como propia la que más le convenza (o, como las dos son, en mi criterio,

igualmente verdaderas, no la que más satisfaga, sino la que permita vivir con más tranquilidad y seguir confiando en las bondades de la cultura), si bien ninguna está por encima de la otra; a pesar

de lo sugerido en el título en pregunta, a modo de hipótesis, al finalizar el análisis que supone este artículo, yo creo que el anterior, "la entelequia (de la cultura)", no es ninguna entelequia.